

● RESEÑAS





AP-Radial Press

PREBISCH Y FURTADO:

EL ESTRUCTURALISMO LATINOAMERICANO

Jorge Lora y Carlos Mallorquín (comps.)

México, Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades-BUAP, 1999

Joseph Hodara

Tres motivos convergen para explicar el renovado interés en los fundadores del estructuralismo latinoamericano vinculado –hay que precisar– al desarrollo económico y social. El primero es una más amplia perspectiva que nos aleja de los ajetreos menores de la década de los cincuenta y sesenta y nos facilita, por consiguiente, la distinción entre lo importante y lo olvidable, entre lo fortuito y lo persistente. El segundo alude al surgimiento de nuevos paradigmas, que simultáneamente procuran explicar y proponer rumbos a la política pública en materia de crecimiento y desarrollo en las contingencias regionales que toman cuerpo desde los años setenta. El prefijo “neo” los caracteriza: neoestructuralismo, neoliberalismo, neocepalismo. El imperativo de compararlos con la corriente anterior adquiere entonces valor histórico y didáctico. Considérese, en fin, la configuración de situaciones internas y externas inéditas, como la privatización de los mercados, los descalabros de la gobernabilidad, el ascenso de las exportaciones manufactureras, el flujo irrestricto de las inversiones foráneas y la absorción irregular de la revolución informática. En este perturbador contexto es lícito preguntar si el estructuralismo aún puede o no ofrecer señalamientos útiles, y si los actores sociales (economistas políticos, sociólogos, historiadores, periodistas, intelectuales) que lo esbozaron tienen hoy paralela gravitación o tal vez se ven marginados por agentes alternativos dotados de prendas profesionales y de posturas ideológicas dispares.

El libro compilado por Jorge Lora y Carlos Mallorquín contiene nueve

ensayos y un hilo conductor. Todos refieren los aportes de Raúl Prebisch y de Celso Furtado a la formación de un “estructuralismo” singular. Cabe el énfasis en singular, pues este estructuralismo difiere absolutamente de las posturas “estructuralistas” en otras materias, como la lingüística, el psicoanálisis y la antropología, y se opone radicalmente a las “reformas estructurales” que el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional auspician en los marcos de los “consensos de Washington” (1990) expuestos por J. Williamson. Como bien aclara Cristóbal Kay, el estructuralismo hace referencia a la posición (más que “escuela”, como él sostiene con alguna hipérbole) de algunos economistas latinoamericanos en los años cincuenta respecto de las formulaciones neoclásicas en materia de crecimiento, comercio, asignación de recursos y papel del Estado. En este marco, las contribuciones de Prebisch y Furtado fueron significativas.

Joseph Love abre el volumen con un breve y jugoso ensayo de carácter histórico. Después de recordar las celebradas nociones de Raúl Prebisch en torno a un “centro” industrial y hegemónico (la diplomacia del lenguaje dominante en las Naciones Unidas no le permitía indicar explícitamente a los Estados Unidos) que entabla transacciones desiguales con una periferia agrícola y subordinada, Love se remonta al alemán Werner Sombart y al rumano Mihail Manoilescu como antecedentes intelectuales de Prebisch. Aparte de ellos, yo recordaría al chileno alemán Ernst Wagemann, que acuñó los términos “ciclo céntrico” y “ciclo periférico” para describir los movimientos de capital en marcos nacionales e internacionales. Estos autores coincidieron en subrayar la superioridad económica (cabe agregar, tecnológica y cultural) de la industria respecto de la agricultura. Los países especializados en la primera exhibirán en el largo plazo un dinamismo mayor, que se traducirá, inexorablemente, en ponderable poder en las relaciones internacionales. Las naciones atascadas en las actividades primarias (agricultura, ganadería, minería) son desfavorecidas debido a la ausencia de una cultura económica adversa al riesgo, a la competencia y a la racionalidad tecnológica. Marcharán, por consiguiente, a remolque de las otras, también en cuestiones de influencia y poder. Love pone énfasis en el ascendiente de François Perroux, quien desde los años treinta profesó que la economía internacional se regía primordial-

mente por factores políticos; las variables económicas –precios relativos, monopolios, tasas de interés, flujos financieros, transmisión o bloqueo de innovaciones tecnológicas– dependen de los primeros. Se trata del “efecto de dominio” que, según Perroux, condiciona las conductas de los mercados. A mi juicio, este economista francés influyó mucho más en Furtado que en Prebisch, y recién en los años setenta, al subrayar este último la “politización” de los precios y de las transacciones económicas, la inspiración perrousiana y su ascendiente se tornan visibles.

En cualquier caso, la genealogía del estructuralismo aparece en estos autores con claridad al indicar que los precios emiten con frecuencia señales equivocadas; que los factores de producción reaccionan perversamente en condiciones monopólicas y que la inmovilidad (o mejor, la rigidez) de los agentes productivos es una realidad periférica que los neoclásicos han subestimado consistentemente. Al culminar la revista de los antecedentes teóricos del estructuralismo, Joseph Love parece decidirse por la importancia determinante de Charles Kindleberger (p. 28), quien, en los años cuarenta, indicó acertadamente las disparidades en la elasticidad de la demanda entre los Estados Unidos y el resto del mundo.

Sigue a Love un texto extenso (acaso excesivo, la tercera parte de la obra) de Carlos Mallorquín, sociólogo mexicano que profundizó en la obra de Celso Furtado. A su juicio, el brasileño habría gestado la teoría de la dependencia al impregnar con un pormenorizado relato historicista las nociones ahistóricas de Prebisch (p. 35). Pero en contraste con el economista argentino, quien desde 1949, como secretario ejecutivo de la CEPAL, demostrara interés por toda la economía latinoamericana, Furtado elaboró los recursos explicativos y propositivos del estructuralismo para aplicarlos a la realidad brasileña. Jamás se divorció de ella. De aquí la consideración, por ejemplo, de los latifundistas no sólo como grupo económico, sino como factor de poder en el parlamento carioca (p. 40). Y de aquí –también– el “colonialismo interno” practicado desde el centro del país contra el nordeste, pobre y marginado. La preeminencia de la política respecto de la economía se explicaría por la ausencia de una genuina conciencia de clase, tal como la entienden los marxistas. O más exactamente, por la proliferación de “falsas conciencias” que facilitan la eclosión de los populismos (p. 43).

Mallorquín indica el dilema ideológico/estructural de América Latina sustentándose en Furtado: el capitalismo no le es apto, pues es incapaz de absorber un exceso de mano de obra no calificada, y el socialismo difícilmente puede llegar cuando políticos e intelectuales presentan una “conciencia deformada”, renuente a encarar los riesgos de un camino apenas explorado. De aquí el estancamiento crónico y la persistencia de círculos viciosos que, lejos de autocorregirse, profundizan con el tiempo sus resonancias malignas en la forma de un “capital desnacionalizado” y de un “sistema de decisiones desarticulado” (p. 56). En estas circunstancias, el Estado presenta una alta propensión al error y a tomar medidas contraproducentes, puesto que no domina ni la información pertinente ni los resortes del poder que operan detrás del escenario oficial y público. Así se explicaría el fracaso del propio Furtado cuando acomete la dirección del SUDENE y de otras tareas planificadoras (p. 72). A los equívocos de las variables internas hay que añadir, por supuesto, los imperativos de la seguridad nacional de Washington”, que resultan incompatibles con los intereses brasileños.

El creciente pesimismo de Furtado –que lo conduce a considerar el crecimiento como “un mito”– le ocasiona una severa crisis intelectual en los años setenta. El escepticismo lo abruma y deja de considerar que “la dependencia” suministra recursos o rumbos para abandonar el subdesarrollo (p. 89); constituye, a lo sumo, un diagnóstico de América Latina como parte y parcela de un sistema neoimperial de dominación. Pero “el dependentismo” no ofrece soluciones, o son pocos los que realmente se inclinan a jugarse por las que insinúa.

Joseph Love continúa en su segundo aporte algunos surcos abiertos por Mallorquín y proporciona mejores luces al concentrarse en una dosis modesta de temas. Apunta las deudas de Furtado con el estructuralismo francés (Bye, Perroux) y su afición a la historia económica y al lenguaje académico, que lo separa distintivamente de Raúl Prebisch. El economista brasileño prefiere con frecuencia el término “colonial” al “periférico” (p. 137); ciertamente, es más fértil y preciso. Además, al abordar las penurias del nordeste del Brasil, Furtado se inclina por un análisis sistémico triangular: las regiones rezagadas de esta zona, el capital extranjero y los

factores nacionales radicados en las capitales del centro y sur constituirían una interrelación que causa y explica la marginalidad de esta región (p.144). El origen de esta perversa configuración radicaría en el pasado colonial (p.150). En manos de Furtado, el estructuralismo se hace –y a veces inventa– una historiografía necesaria.

Los aportes de Ron Sprout, Di Filippo y Cristóbal Kay aluden a facetas particulares del estructuralismo, como el deterioro secular de los precios del intercambio (noción prebischiana válida a corto plazo para algunos países como la Argentina, pero equívoca a largo plazo y para economías agrícolas –como la australiana– que han encarado reformas de propiedad y revoluciones técnicas en el campo); la percepción del “excedente” como mecanismo amplificador de la heterogeneidad estructural; los elementos neomarxistas que gravitaron en Prebisch al formular una utopía socialdemócrata hacia el final de sus días y las potencialidades del “neoestructuralismo” para corregir tanto los defectos de la doctrina precedente como los abusos del neoliberalismo. Sólo la monografía de Edgar Dosman y de David Pollock aborda un tema genérico, directamente vinculado a la biografía intelectual e institucional de Raúl Prebisch. Justifica comentarla brevemente.

Dosman y Pollock prometen desde hace una década la publicación de una obra amplia (uno de ellos dice, con desmesura, “definitiva”) que narra la vida personal y profesional de Prebisch. Sólo han visto la luz algunas porciones de este anuncio. En el caso de esta compilación, los autores describen la actuación de Prebisch en la UNCTAD, entre 1964 y 1968. Como se sabe, el economista argentino fue el primer dirigente de esta nueva organización de las Naciones Unidas, dirigida a promover la cooperación Norte–Sur y a mejorar los términos comerciales entre el Norte industrial y el Tercer Mundo rezagado. Prebisch internacionalizó a través de esta tribuna el estructuralismo de origen latinoamericano; “cepalizó” a la UNCTAD, a pesar de que ya tenía conciencia de que la CEPAL se había enuelto en la rutina y en la burocracia desde que la fundara (p. 204). Así encontrará en la propia CEPAL otra evidencia de la fascinación irresistible del consumismo teóricamente impugnado. Las tareas de Prebisch en este organismo mundial fueron intensas pero, al cabo, estériles. Dosman y Pollock indican que conflictos matrimoniales y descalabros en la salud (p.

204) fragmentaron las energías del economista/caudillo y le forzaron a renunciar. Regresa entonces a América Latina y desde el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES) retoma los pasos perdidos, ya libre de compromisos y lenguajes burocráticos. Funda la Revista de la CEPAL (contaba hasta agosto de 1999 con 68 entregas) y se permite protestar, con mayor holgura y apasionamiento, contra los mecanismos neoimperiales implícitos en los planteos estructuralistas.

En suma, el texto editado por Lora y Mallorquín es importante para cualquier estudioso de las ideas económicas y sociales latinoamericanas que dominaron en los años cincuenta y sesenta. Y es ineludible para los que quieran entender ese juego de ideas, pasiones y reacciones que gravita en el discurso estructuralista, neoestructuralista y neoliberal cuando debe encarar las tendencias inexorables de la globalización, de las mutaciones tecnológicas y de los retos —entre ficticios y reales— de los posmodernismos.